

ASTERISCOS

Con elementos muy simples Luis Durand ha escrito su primera novela en forma. Ha elegido un medio vulgar y unas almas grises. Pero ha logrado con uno y con otras, en las reacciones sentimentales o en las pequeñas pasiones de la aldea, efectos curiosos en que la observación justa se une a un estilo suelto, desenfadado a veces, simple y moviente. El autor que ha demostrado en otros aspectos—en el cuento, en algunos cuentos—un pulso firme para el vuelo, en esta novela de intento acaso—y he aquí para los curiosos un interesante problema de estética literaria—ha colocado su trepidación a tono con el ambiente y ha acompasado en semitonos su valorización novelasca. Es un triunfo. Y luego esa serie de reflexiones que suscita este drama obscuro, entre un maestro improvisado por la burocracia política y esta maestra, de viva presencia, bien articulada por la creación interna del autor. Son reflexiones un poco amargas. ¿Son así todos los maestros? ¿Así todas las maestras? ¿Así todos los hombres de una aldea? En general, la existencia en esos poblachos no es más que lentitud, monotonía, aplanamiento. Discurre entre los goces mínimos que franquea la aldea, entre las pequeñas pasiones, entre los chismes, entre las emboscadas.

Es la aldea típica, hacia la cual van y vuelven los novelistas y cuentistas nuestros, en su mayoría. En cada creación surgen ángulos distintos de observación, personajes diferenciados, aunque con un común aire de familia. La aldea los nivela hasta en sus arranques sentimentales. Durand tiene un tono singu-

lar en sus narraciones. Es suelto, natural, ondulante. No da la impresión de esfuerzo. No se piensa al leerlo en que ha debido luchar mucho para encontrar las expresiones justas o la nota oportuna. Mueve a sus personajes con gracia. Los hace hablar con una exactitud sorprendente. Hablan colocados en su medio, con la atmósfera de su medio. Lo cual es en gran parte el secreto del novelista. Identificación curiosa del autor con el ambiente. ¿Qué más se quiere? De pocas novelas chilenas puede decirse lo mismo.

* * *

¿No sería materia digna de estudio investigar si la crítica chilena ha cumplido fielmente su cometido? ¿Fué ella un estímulo o fué una negación de la función misma que estaba obligada a desempeñar? ¿Dijo las palabras oportunas en el momento en que debía decirlas o se limitó a comentar con el criterio simplista de un ama de llaves? ¿Las historias literarias que se han escrito, los panoramas y otras cosas por el estilo, dieron un cuadro aproximado de nuestra evolución, de las manifestaciones del espíritu, de su marcha a través de las continuas transformaciones del alma chilena? ¿El crítico que periódicamente cuenta sus impresiones, procede acaso como ese señor citado por Anatole France, que para hacer crítica decía: «Señores voy a hablar de mí a propósito de Shakespeare, Moliere, Milton» o bien como el Zoilo que se pone a dar lecciones sin haber antes estudiado o sin antes haber creado nada? He aquí una parte de una serie de interrogaciones que iré formulando a medida de estos asteriscos. ¿No habrá alguien que quiera responder? Se habla mucho de los autores, se escribe mucho acerca de los novelistas. ¿No es hora ya de hablar de los que critican y del arte de hacer crítica?

* * *

Yo leí hace años una novela chilena de gran calidad. *El Zapato Chino*. ¿Qué se ha hecho esa novela? ¿Qué se ha hecho el autor? En *El Zapato Chino*, crítica aguda de un sistema, brioso análisis de una época, admirable documento de una falsa educación, que torcía y malograba en flor el alma de los niños, había un estilo y la garra de un verdadero novelista. Cayó sobre ella, como cae sobre los libros de verdad o de ataque a lo imperfectamente establecido, a lo que es costumbre y decadencia aceptada por la complicidad del medio, el silencio, ese espeso silencio que es como una persecución. Hay en ese libro unos toques balzacianos magníficos; una sobriedad que no parece nuestra y sobre todo un examen tan fino y a la vez tan mordaz de un determinado aspecto de la vida chilena—vida de periodismo y vida de colegio y vida de hogar—que bastaría todo eso para colocarlo entre los mejores que se han escrito en Chile. Su autor: Juan Barros. ¿De entre todos estos editores que han brotado no hay alguno que quiera intentar la reimpresión?—
OBERON.